

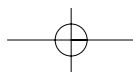
DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2004
destinojoven@edestino.es
www.destinojoven.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Gemma Lienas, 2004
© Editorial Planeta, S. A., 2004
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril 2004
Novena impresión: marzo de 2010
ISBN: 978-84-08-05276-0
Depósito legal: M. 7.924-2010
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España - Printed in Spain

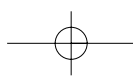
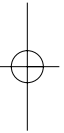
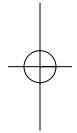
No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

Introducción	13
1. Una sorpresa salida del metro.	15
2. La pubertad	30
3. Los genitales	40
4. Lecciones en un parque	51
5. La regla	63
6. Un error en el cine	76
7. La respuesta sexual.	90
8. Besos de tornillo y algo más	105
9. La sexualidad	119
10. Dificultades	135
11. El primer coito	152
12. Los métodos anticonceptivos	174
13. Ni yo misma me entiendo	194
14. El embarazo	207
15. Campeonatos de natación	219
16. La homosexualidad	232
17. Flanagan me deja con la boca abierta	244
18. Enfermedades de transmisión sexual	257



19. Disfunciones sexuales	275
20. Algunas soluciones llegan solas	290
21. La violencia	301
22. La educación, los roles	314
Epílogo	329



*A mis chicas,
Lara, Anabel, Itziar, Mariona e Isolda*

Las ideas que transmitimos acerca del amor van a determinar el amor futuro. Es terrible que la experiencia que está recibiendo la gente joven es la del fracaso de sus padres. Hay un monopolio de historias de la decepción y el desencanto. No creo que la realidad sea tan monolítica, y deberíamos estimular una narrativa de la felicidad. Hemos de convencernos de nuevo de que otra persona puede ser fuente de estímulo, placer y plenitud, y no sólo de conflicto, desilusión y aburrimiento. No podemos dejar que desde su tumba Sartre continúe convenciéndonos de que «el infierno son los otros». Los otros pueden ser sin duda el infierno, pero también el paraíso, el purgatorio y hasta el limbo.

JOSÉ ANTONIO MARINA, *El rompecabezas de la sexualidad*

INTRODUCCIÓN

El diario rojo de Carlota era una deuda que tenía con las chicas y, de paso, con los chicos jóvenes.

En el pasado, muchas generaciones de mujeres fueron estafadas y tuvieron que descubrir la sexualidad solas, sin ayuda, con muchas dificultades, con sentimientos de culpabilidad y con angustia.

A las mujeres que nacieron a mitad del siglo xx, nadie les contó que tenían una vulva, una vagina y, menos aún, un clítoris. Eran mujeres asexuadas: a su sexo lo llamaban «culete» o «pipí», y solamente servía, por supuesto, para orinar o parir; nadie hablaba de la masturbación femenina porque se suponía que no existía, cosa que producía una neurosis de «anormalidad» en las que la habían descubierto; la sexualidad femenina se obviaba porque el paradigma femenino era el de la Virgen María, madre —objetivo esencial en la vida de una mujer— sin pasar por la sexualidad... Las mujeres eran, por lo tanto, como los ángeles: no tenían sexo.

Actualmente, la situación ha cambiado: el sexo está en

todas partes, desde los anuncios hasta las películas, pasando por las revistas o las páginas web... Por desgracia, sin embargo, hay muchos contenidos sexuales y poca información sexual, incluso, en algunos casos —por ejemplo, en lo que respecta a la pornografía—, podríamos hablar de «desinformación» sexual. Además, aún en la actualidad, las chicas tienen pocas posibilidades de ver un sexo masculino en erección hasta que se encuentran con él en la vida real, ya que casi todas las imágenes sexuales corresponden a mujeres desnudas y raramente a hombres desnudos. Y también siguen siendo las chicas las que asumen la contracepción; de momento, los chicos no se sienten implicados en ella.

Si a todo esto le sumamos las estadísticas:

- cada 14 segundos un/a adolescente se infecta con el virus del sida en el mundo.
- en 2002, en España, se diagnosticaron 2.336 casos nuevos de sida entre los y las jóvenes de 16 a 21 años.
- cada año, en el mundo, 14 millones de adolescentes dan a luz un bebé.
- durante 2002, en España, 400.000 chicas estaban en situación de riesgo de quedarse embarazadas.
- cada año, en España, se quedan embarazadas 12 de cada 1.000 chicas de entre 15 y 19 años.

... estaremos de acuerdo en que la gente joven aún necesita mucha información sexual. Por eso he escrito este libro. Por eso y porque me gustaría que las generaciones futuras tuviesen una vida sexual afortunada.

Capítulo 1
UNA SORPRESA SALIDA DEL METRO

Di unos empujoncitos laterales para evitar ser aplastada por la masa que me rodeaba en aquel vagón de metro en hora punta. Mientras intentaba sobrevivir, procuraba sacarme de la cabeza a Koert el impresentable, Koert el idiota, Koert el hijodesumadre... Koert el adorable, mi amor. Tenía que olvidarlo. Hacía días que no respondía a mis mensajes de correo electrónico. Parecía que él ya me había olvidado y todo por una pelea de esas tan estúpidas. Tenía que hacerlo desaparecer de mi corazón y de mi cabeza.

Por encima del hombro de un niño contemplé mi reflejo en el cristal de la ventana de atrás del vagón. Sacudí la cabeza y ese movimiento despidió a Koert por la ventanilla; lo vi empequeñecer, empequeñecer, hasta que se lo tragó la oscuridad.

Venga, a otra cosa, pensé, y me concentré en la discusión que se había organizado un rato antes durante la hora de tutoría. Luci, nuestra tutora, nos había hecho preguntas sobre sexualidad, pero no las que acostumbran a hacernos los profesores, sino preguntas distintas, como por ejem-

plo: «¿Se puede quedar embarazada una chica si tiene relaciones de pie?».

—Nooooo —había dicho mucha gente de mi curso.

—Síiiii —había contraatacado ella, abriendo mucho los ojos. Y había añadido—: ¡Sois unos ignorantes!

Luego nos había pedido que le definiésemos qué era una relación sexual.

—¡Follar!

—¿Alguna definición más?

—Meterla hasta el fondo.

—O sea que, para vosotros, chicos, una relación sexual se limita al acto de introducir el pene en la vagina, ¿no?

«Psé», pareció que decían algunos.

—Y vosotras, chicas, ¿qué opináis?

Nos miramos. Yo no supe qué decir. No tenía ninguna respuesta adecuada, porque estaba claro que «relaciones sexuales» tenía que significar algo más, pero no tenía ni idea.

Miriam, que es bastante descarada, contestó sin problemas.

—Mujeeer, ya sabemos que hay otras cosas. ¿Te crees que no hemos entrado nunca en una página web porno?

Aquí se había montado un pitote considerable.

—Silencio, por favor. No estoy dispuesta a aguantar este alboroto ni un minuto más. Tenéis que aprender a controlaros, incluso cuando hablamos de algo que os enciende, como la sexualidad, porque quiero usar algunas horas de tutoría para aclararos las ideas. Pero, para eso, necesito que estéis tranquilos. Por ejemplo, quiero haceros entender que la sexualidad no tiene nada que ver con la pornografía. Las imágenes pornográficas sirven para exci-

tar a la gente, pero no son representativas de lo que son las relaciones sexuales.

—Así que, si tu novio te propone hacer algo que ha visto en una página web...

—Te puedes negar tranquilamente, si no te apetece.

La idea me llegó como un relámpago mientras mis manos luchaban por conseguir unos centímetros de barra cromada: yo también investigaría la sexualidad. Haría como cuando escribí el diario sobre las situaciones de discriminación de género que aún existen en nuestra sociedad.¹ Esta vez, sin embargo, escribiría un diario sobre sexo. El diario... ¿Qué color pegaría? ¿El rosa, que es el del amor? No, demasiado cursi. ¿El rojo, que es el de la pasión? Sí, eso es.

Decidí que, al salir del metro, antes que nada, iría a comprarme una libreta roja para escribir en ella *El diario rojo*, sobre sexo y sentimientos.

Satisfecha con mi idea maravillosa, me colgué la cartera a la espalda y me dispuse a hacer presión para que el bloque de personas que se aglomeraban entre la puerta y yo me dejaran pasar.

Lo conseguí. Con grandes dificultades recorrí el andén hasta la escalera mecánica. ¡Jo! Estábamos llegando a unos extremos preocupantes de superpoblación.

—Circulen, circulen —nos empujaba un trabajador del metro.

El hombre sólo cumplía aquel cometido: obligar a los que bajaban del vagón a andar con celeridad y servir de cordón de protección para la gente que esperaba en el andén. Casi como en el metro de Japón...

1. Véase *El diario violeta de Carlota*, Alba Editorial.

Puse los pies en el primer peldaño de la escalera mecánica. Delante tenía a un hombre con el pelo muy rizado y oscuro, que llevaba un mono negro y amarillo. Sólo tuve tiempo de pensar que no parecía del país, porque en seguida se me fue la cabeza a mi diario. Pensaba quién más, aparte de Luci, podría ayudarme a encontrar las informaciones que requería: no parecía una empresa fácil.

Y, ¡pataplaf!, tropecé con el hombre moreno que tenía delante.

No tuve tiempo de darme cuenta de nada. Por suerte me sostuvieron unos brazos porque, si no, habría ido a dar contra la boca voraz de la escalera mecánica, donde los dientes pueden triturar tranquilamente los zapatos, con pies incluidos.

—Perdón —dijo el hombre moreno, mientras me tiraba de la mano para sacarme de allí.

—¡Faltaría más! —dije, agradecida de verdad de que me hubiera salvado de ser triturada por los dientes de hierro—. No ha sido culpa suya.

El tipo me sonrió y nos separamos.

Me arreglé la cartera, que se había desplazado ligeramente, pasé por delante de dos guardias de seguridad acompañados de una pareja de perros lobo con unas lenguas larguísimas y húmedas, y traspasé las puertas automáticas, después de que se abrieran ellas solitas, una hacia cada lado. Y me interné en el pasillo que llevaba a la escalera de salida. Un grito me paró.

—Racista. Tú eres un racista.

Me volví para ver quién merecía tal insulto.

De pie, unos pasos más allá de donde estaba yo, había un chico más o menos de mi edad. Estaba parado y obser-

vaba a un muchacho delgado con pinta de marroquí, que justo en aquel instante se echaba a correr.

Al pasar por mi lado, el marroquí gritó:

—¡Racista! Me ha pegado.

Y subió de tres en tres los escalones de la escalera de salida a la calle.

En un santiamén lo perdí de vista.

Me di la vuelta para ver otra vez al imbécil que había provocado el incidente. Era, efectivamente, un chico de mi edad. Llevaba un chándal, iba despeinado y bastante desaliñado. Parecía salido de una novela de Marsé.

Lo fulminé con una de mis miradas asesinas. Se lo merecía, por racista. Qué asco. Me volví con un gesto muy evidente, como diciéndole «Tío, que te den», y empecé a subir la escalera. Entonces noté unos pasos detrás de mí. Volví la cabeza disimuladamente para ver si era aquel macarra el que me seguía. Sí, era él.

Subí los tres últimos peldaños al galope. No quería tratos con un xenófobo. Y detrás de mí él también aceleró el paso.

Oí que gritaba:

—¡Eh, tú!

No sabía si me lo decía a mí, pero no tenía ni la más mínima intención de descubrirlo. Casi me eché a correr. El tío del chándal despertó en mí unas vibraciones que no me gustaron.

—Oye, que te han robado esto.

¿Iba por mí? ¿Qué me habían robado? ¿Y quién?

—El monedero...

Me paré y vi al del chándal de pie en la boca del metro, aún en el penúltimo peldaño, con mi monedero en la mano. ¡Caramba! Si allí llevaba la mitad de mi capital: las

pelas de los canguros que había hecho durante las tres últimas semanas...

—Pero ¿cómo es posible...? —empecé a decir, como si lo dijera para mí misma.

Y, entretanto, comprobé el cierre de mi cartera, que alguien se había entretenido en desatar con mucha habilidad. Tanta, que ni siquiera me había dado cuenta de que la habían abierto, habían metido la mano y habían sacado el monedero.

—Aquel muchacho te había robado esto. Es tuyo, ¿no?

Me acerqué, bajé un peldaño, me puse a su altura y se lo cogí. Aunque le estaba agradecida porque me devolvía el monedero, aún no me fiaba mucho. ¿Quería decir que el marroquí me había quitado el monedero?

—Es mío, sí. Muchas gracias —le dije, cogiéndolo. Obligado seguramente por mi expresión de duda, el chico se explicó—: Te lo ha robado allí, en la escalera mecánica. Cuando el que estaba delante de ti ha tropezado y tú has chocado con él.

Visualicé al hombre de la sonrisa cálida.

—¡Ah, sí!

—Entonces, el otro, el muchacho que acaba de irse corriendo, ha aprovechado para meterte la mano en la cartera. Es un truco muy común.

De repente, se hizo la luz en mi cerebro. O sea que el «racista» no era tal «racista». Lo miré con simpatía.

—¿Y le estabas reclamando que me lo devolviese?

El chico puso una cara divertidísima. Me dieron ganas de reír, pero lo escuché con seriedad.

—Sí —respondió—. Pero he esperado a que no estuviéramos cerca de los guardias, para que no lo... Ya me en-

tiendes, para que no lo detuvieran. Ya conoces el dicho: «Nadie viaja en patera para chorrar una cartera».

No sé cómo había podido pensar ni por un instante que podía ser un racista, si estaba claro que era un tío decente... Además, estaba bastante bien. Tenía cara de simpático, un poco pinta, pero buen tío. Me gustaba su pelo alborotado: tenía aspecto de fuerte, de bien arraigado al cráneo; daba ganas de pasarle las manos por encima para alisárselo. Los ojos, de color oscuro, brillaban, como si estuvieran a punto de echarse a reír. Me encantan los chicos que ríen y te hacen reír. No aguanto a los agonías.

Le sonreí para hacerme perdonar.

—¡Vaya, lo siento! Creía que... no sé. Que le estabas...

—Sí, ya lo sé —dijo él. Y, entonces, empezó a hablar con una voz nueva, como si imitase al muchacho fugitivo—: «Racista, me ha pegado».

Ahora sí que se me escapó la risa. Él hizo una mueca muy simpática, como diciendo: «Ya se sabe, la vida es muy dura para estos tipos».

—¿Vas... vas para fuera? —me dijo.

Era para partirse.

—Claro, hombre, ¿adónde voy a ir, si no?

Y salimos juntos a la calle.

—Me llamo Juan —dijo.

—Y yo, Carlota.

Los dos nos quedamos parados un momento. No sabía si Juan pensaba que tenía que estrecharle la mano, pero consideré que no pegaba. Más bien parecía que tenía que darle un beso. Por haberme devuelto el monedero. Y por no ser nada racista. Y por ser tan simpático. Pero, finalmente, no hice nada, como una tonta.

—¿Y qué haces? —me preguntó.

Y por un momento me pregunté si era capaz de leerme el pensamiento, de saber que dudaba entre distintas cosas: darle la mano, darle un beso... Y entonces me di cuenta de que no, de que era tonta, de que me estaba preguntando qué estudiaba.

—Primero de bachillerato.

—Yo, segundo. Bueno, y también hago pequeñas investigaciones privadas.

—¿Investigaciones privadas? —Me había dejado de piedra.

—A pequeña escala —dijo—. Bueno, y a veces a gran escala, porque me he visto metido en unos líos... De hecho, mis amigos, los que me conocen, me llaman Flanagan.

—¿Flanagan? ¿Ah, sí?

Estaba boquiabierta.

—Sí. Bah, es que me gustan mucho las novelas y las películas policíacas...

—A mí sobre todo me gusta leer.

—¡Ah!

Por la exclamación no parecía que leer formase parte de sus intereses más inmediatos. No me dio tiempo a decir nada; en seguida me preguntó:

—¿Has visto *Fargo*?

—No.

¡Jo! En aquel momento habría dado cualquier cosa por poder hacer que el mundo diera marcha atrás y meterme en un cine a ver la peli. Me sentía como una mema.

—¿Y has visto *El juramento*? —dijo, sin dejarse intimidar por mi ignorancia.

—¿La de Jack Nicholson? —dije, con esperanza. Si se refería a esa peli, entrábamos en terreno conocido.

—Efectivamente.

—Sí. Sí que la he visto. Es la adaptación de una antigua novela de Dürrenmatt, *El juez y su verdugo*. La leí en una edición antigua que tiene mi madre, que por algo es bibliotecaria. Era un libro buenísimo. Bueno, como todos los suyos. Es un gran autor.

Me callé, avergonzada. Me iba a tomar por una repelente insoportable.

Entonces disparó él:

—Y Nicholson es un gran actor, aunque a veces sobre-actúa, haciendo demasiados gestos. ¿Sabes cuál me gustó mucho? *Shiner*, con Michael Caine, ¿la conoces? Caramba, Michael Caine interpreta a un viejo mafioso que tiene un hijo y se le mete en la cabeza que su hijo sea boxeador, y en seguida se ve que el hijo es un pobre desgraciado, que no tiene ni media bofetada y que nunca llegará a ninguna parte como boxeador, pero el padre se juega todo lo que tiene, todo, porque él también es un desgraciado, arruinado y no tan importante como parecía al principio... Es cojonuda.

Me dije a mí misma que después de aquel discurso resultaría inverosímil que me considerase una repelente...

Vi con el rabillo del ojo un escaparate repleto de Carteras del cole y carpetas de plástico y me detuve delante de aquella papelería.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—Aquí —respondí, muy explícitamente.

—¿Aquí?

Parecía que estuviera en Babia y que una papelería le

resultase más rara que si me hubiera parado delante de la puerta de una funeraria.

—Sí. Voy a comprar una libreta.

Pensé que quizá había llegado el momento en que se despediría de mí.

Flanagan dudó unos segundos. Lo noté, pero en seguida se recuperó.

—¡Ah! Pues entro contigo. Yo también tengo que comprar un rotulador.

Era una papelería pequeña, de barrio. De las que tienen caretas de cartón para carnaval y lápices de colores de marcas del año de Maricastaña, y periódicos y algunos libros...

Detrás del mostrador había una señora más bien gordita, con unas gafas pequeñas apoyadas en la punta de la nariz, sujetas con una cadena metálica roja. Por lo que se veía, había llegado a esa edad en la que, según mi madre, ya no ves lo suficiente para leer ni recuerdas dónde has dejado las gafas. Parecía amable.

—¿Qué queréis, majetes? —nos dijo.

Un poco más amable de la cuenta. Hasta algo empalagosa.

Me volví hacia Flanagan y le hice un gesto que quería decir «tú primero». Ya se sabe, yo soy muy educada.

—No, no —dijo él—. Pide tú.

—Quiero una libreta con las tapas rojas, cuadriculada y de espiral.

La señora se fue hacia una de las estanterías y, cuando volvió a mirarme, llevaba en la mano una libreta de espiral, pero con las tapas azules.

—No, no, señora. No la quiero azul, la quiero roja. ¿No tiene?

—Ay, sí, guapa. Qué cabeza tengo —dijo ella, volviéndose hacia la estantería.

—La necesito roja porque la quiero para escribir un diario sobre sexo: *El diario rojo de Carlota*.

Me pareció que Flanagan y la señora se quedaban de piedra. Tengo que decir que más la señora que Flanagan.

—Escribiré todo lo que descubra sobre el sexo y todo lo que se me ocurra —insistí, sin hacerme la estrecha.

—Ah, buena idea —dijo Flanagan, con un tono que parecía más adecuado para dar el pésame.

La señora aún rebuscaba entre las libretas. A ver si resultaba que no le quedaba ninguna de color rojo.

—Y escribiré lo que he aprendido hasta ahora, lo que pueda aprender en el futuro, lo que pienso, lo que hago...

—Tus experiencias —dijo Flanagan, que parecía más recuperado.

—Mis experiencias —admití, aunque no estaba segura de hasta dónde me podían llevar, porque, de momento, mis experiencias eran más bien pocas.

—Mujer —respondió Flanagan—, si se trata de escribir lo que pienso, lo que imagino, lo que me gustaría, necesitaría diez o doce libretas como ésta: una enciclopedia.

Lo miré, interesada. Prosiguió.

—Pero si tuviera que escribir mis experiencias, con media hoja tendría más que suficiente.

¡Empatados!, pensé.

Como si nos hubiéramos dado una señal, miramos los dos a la señora, que nos contemplaba con expresión atónita por encima de las gafas y de unas cuantas libretas con las tapas rojas en las manos.

Flanagan saltó:

—¿Y a usted qué le parece, señora?

Pensé que aquella mujer tan mayor —podía tener unos cincuenta años— haría mucho tiempo que había dejado atrás las experiencias sexuales. A lo mejor le daba una colleja, o a lo mejor le diría con aire de dignidad ofendida: «Niño, un respeto, yo no practico». Pero me dejó con la boca abierta cuando dijo:

—¿Que qué opino? Que me habéis dado una idea fantástica: me quedaré una libreta de éstas —y separó una— para mí, para escribir mis memorias sexuales.

Ahora éramos Flanagan y yo los que la mirábamos atónitos.

—¿Es que aún se acuerda? —dijo Flanagan.

—¿Cómo que si me acuerdo? A ver si te crees que ya no practico.

—Pues...

—Francamente —dije yo—, a mí me parecía que las personas mayores y el sexo no hacían buenas migas.

La mujer se arregló las gafas y me respondió, mientras dejaba encima del mostrador y delante de mí una libreta roja:

—Sí, claro, bonita, por eso nos apuntamos a cursillos de macramé y de punto de cruz, para tener algo en lo que ocuparnos —dijo la mujer, con ironía.

—Perdone, no quería... —dije.

—De eso sólo se jubila el que quiere —dijo la señora, con una sonrisa—. Ya lo veréis con el tiempo.

—Sí... ¿Cuánto le debo por la libreta?

La mujer dijo un precio que a Flanagan debió de parecerle razonable, porque saltó:

—Por ese precio, deme una a mí también. Roja, idénti-

ca. Una libreta para escribir relatos eróticos. Me parece que yo también escribiré mi diario... esto... rojo.²

—Muy bien —dijo la mujer, despidiéndonos—. ¡Nos espera mucho trabajo!

Salimos de la papelería con las libretas en las manos.

—¿Crees que te podría llamar si tengo alguna duda o si no se me ocurre nada que escribir? —me preguntó.

—Bueno, sí... Claro.

—¡Ah! ¿Tienes un bolígrafo o un rotulador?

Me quedé parada. ¿No había entrado conmigo a comprar uno? Se lo recordé.

—Ah, sí, sí, ahora voy, bueno, no, da lo mismo, déjame el tuyo, o sea, espera...

Saqué un rotulador de la cartera y se lo alargué.

—Toma, toma.

Él abrió la libreta y destapó el rotulador.

—¿Cómo te llamas? Carlota ¿qué más?

—Carlota Terrades.

Y le di mi número de teléfono.

Flanagan lo apuntó y, después, siguió apuntando sus coordenadas.

—Y yo... Juan Anguera.

—Será mejor que apuntes Flanagan.

—Ah, sí, Flanagan. Je, je.

Lo apuntó todo y me devolvió el rotulador.

—O sea que se trata de llenar esto de sexo, ¿eh? Bueno... Espero que no lo lean mis padres. Bueno...

—Pues yo espero que sí lo lean. Quizá así sabrán qué me preocupa y nos entenderemos mejor —contesté.

2. Véase *El diario rojo de Flanagan*, Ediciones Destino.

Nos despedimos con gestos dubitativos. No sabíamos muy bien cómo hacerlo. Y yo volví a quedarme con las ganas de darle un beso.

Cuando llegué a casa, al entrar en mi habitación y ver la foto de Koert dentro del cajón de la ropa interior, el holandés se me incrustó en el cerebro otra vez. ¡Qué asco!

Me dije a mí misma que podía —quería— darle una oportunidad: la última. Si no la aprovechaba, lo dejaba.

Marcos aún no había llegado, papá tampoco. Asalté el teléfono, contraviniendo todas las órdenes paternas de ahorro: estaba decidida a llamar a Koert. Ya me las arreglaría luego para justificar la llamada ante papá.

La mano que marcaba el número no temblaba, pero tampoco tenía la consistencia habitual. Estaba floja, intimidada. Respondió una voz femenina en una lengua ininteligible. En inglés, le pregunté si podía hablar con Koert.

—*Hold on, please* —dijo. Y, acto seguido, gritó—: ¡Koert!

Me dio la impresión de oír su voz como si viniera de muy lejos. A lo mejor solamente me lo estaba imaginando.

La persona del teléfono dejó el aparato y se alejó.

Esperé unos segundos que duraron horas.

—*He's not at home* —dijo la voz femenina.

¿Que no estaba en casa? ¿Seguro? ¿O a lo mejor no quería ponerse porque le habían dicho que preguntaba por él una extranjera?

—*Thanks* —respondí. Y colgué el teléfono colgando también, definitivamente, mi historia con Koert.

Más tarde, me sentía como ese postre que se compone de un helado de nata con chocolate caliente por encima: aliviada por haber tomado una decisión y hecha polvo por

haber cortado con Koert. ¿Cómo era posible sentir a la vez dos emociones contrarias?

Llamé a Mireya para comentarle las últimas noticias y mi estado de ánimo.

—Al fin y al cabo, nadie había dicho que tuviera que durar eternamente, ¿no? —dijo ella.

Tengo que admitir que tenía razón.

Y, como el tiempo todo lo cura, unos días más tarde ya no me sentía tan dividida en dos sentimientos contradictorios. Había recuperado mi energía, las ganas de escribir el diario rojo y, con ellas, el recuerdo de Flanagan.

Capítulo 2

LA PUBERTAD

3 de febrero

Por fin, estreno la libreta roja para escribir mi diario rojo. El diario de amor y de sexo. Escrito así, en una libreta de espiral, da un poco de risa y no impresiona mucho, pero cuando lo hablo con los demás —sobre todo con los mayores—, me hace sonrojar. Tendré que hacer un esfuerzo para sobreponerme a la vergüenza porque, si no, no sacaré nada en claro de este lío que es la sexualidad.

No sé si Flanagan se habrá puesto manos a la obra o no. A lo mejor ha mandado el proyecto a la porra y ya no se acuerda de nada. O a lo mejor sí que escribe el diario rojo. Y, de ser así, ¿qué estará pensando en estos momentos? ¿Quizá lo mismo que yo? A saber...

Tengo tantas dudas, tantas lagunas por rellenar, que creo que, si lo consigo, una sola libreta me resultará insuficiente; necesitaré unas cuantas docenas.

Declaro:

1. Que escribiré las respuestas a todas las dudas que tenga yo... y también mis amigas, cosa que me obligará a

leer libros o —mejor que mejor— a preguntar a personas más entendidas que nosotras.

2. Que escribiré mis experiencias y las de otras personas.

—Eso será si te damos permiso nosotras —se ha rebotado Mireya cuando ha leído el segundo punto.

—¿Y no me lo dais?

Mireya, Elisenda y Berta se miran, levantan las cejas y resoplan. No parece que lo tengan muy claro.

Jo, pienso, a ver si sólo voy a poder poner lo que me pase a mí... Pues voy bien, porque no se puede decir que mi vida sexual sea muy animada, extensa y bien documentada...

Mis amigas han terminado el conciliábulo y me miran con los ojos entreabiertos.

—Estamos de acuerdo. —Me perdona la vida Mireya, y añade, con sorna—: Tienes nuestra bendición.

—¿Por dónde vas a empezar? —pregunta Berta.

—Por la regla —contesto yo, con seguridad.

—¡Hala! —dice Mireya—. Antes de la regla, tendrías que hablar de los cambios que notas en el cuerpo.

—¡Oye, sí! Empiezas a crecer a lo ancho.

—Y se te pone el culo como el Corte Inglés...

—¿Como qué?

—En plan gran superficie.

Nos reímos todas con el chiste.

—¡Y te salen pelos por el cuerpo!

—Sí, pero menos que a los chicos, ¿eh? Sólo en los brazos, en las piernas, en las axilas y... —Berta se calla sin saber cómo llamar al espacio que hay entre las piernas.

—En el sexo —digo yo, muy puesta en materia.

Las demás saltan, no tan técnicas:

—En el chumino...

—En la conchita...

Y nos partimos de risa al oírnos.

—Y te empiezan a crecer los pechos —dice Berta, entre carcajadas.

—Como melones —dice Mireya, que opina que los suyos son demasiado grandes.

—¡No empecemos! —protesto.

No quiero ni volver a pensar en la época en la que Mireya entró en la pubertad y su cuerpo empezó a cambiar a toda pastilla y con una cierta exageración: desarrollo de los pechos, de las caderas, de las nalgas... Y Mireya empezó a coger manías. Se veía gorda, comía poco y sus amigas teníamos miedo de que terminara anoréxica. Afortunadamente, la tutora del curso se dio cuenta y nos dio una charla explicándonos por qué, a las chicas y a las mujeres, se nos acumula la grasa en los pechos, las caderas y las piernas. Sin esos almacenes de grasa, la humanidad no habría subsistido: con la primera hambruna, ninguna mujer habría podido sacar adelante un embarazo. Al final, las explicaciones de la tutora y la vitalidad y las ganas de reír de Mireya pudieron más que la talla de la ropa, y volvió a comer con normalidad.

—O como mandarinas. —Se ríe Mireya, señalando los míos.

¡Es verdad! Siempre he creído que mis pechos se han quedado demasiado pequeños.

—Unas tanto y otras tan poco. Eso sí, grandes o pequeños, si te los aprietan fuerte, duele.

—Tendría que haber una camiseta con el lema «¡Territorio delicado!».

Todas nos meamos de risa, menos Elisenda, que nos mira y hace un gesto triste, muy teatral.

—No sé de qué os quejáis... Aquí la única que tiene derecho a lamentarse soy yo. ¡Miradme!

La miramos, pero no hace falta; ya sabemos lo que vamos a ver. Una chica con cuerpo de niña pequeña. Es muy, muy delgada. Bajita, aún no ha dado el estirón. Ni tiene pecho, ni tiene caderas. Conserva la cintura recta. Parece una niña y nosotras, a su lado, casi parecemos sus hermanas mayores... aunque sólo nos llevamos un año.

—¿Cuándo, queréis decírmelo? ¿Cuándo me llegará a mí la pubertad?

—Ya lo sabes, según Badia, la pubertad puede empezar entre los ocho y los catorce años, y termina hacia los diecinueve o veinte.

—Pues para mí, ya va siendo hora, ¿no? A veces me parece que no voy a crecer nunca —se sulfura Elisenda.

—Mujer, tiene sus ventajas —dice Berta.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—No te salen granos —suspira la otra, que, en estos momentos, tiene una concentración de granos rojos y saltones en la barbilla.

—¡Ni puntos negros! —exclamo yo, que de vez en cuando me encuentro alguno en la punta de la nariz y me lo quito... y a veces, de tanto apretármelos, me dejo la nariz como una alcachofa.

—Y eso sin contar que parece que vayas en una montaña rusa —dice Mireya, dándole un puntapié a una chapa de cerveza.

¿Montaña rusa? Las demás la miramos sin saber a qué se refería.

—Vaya, chicas, no me digáis que no lo notáis. Un día te despiertas muy bien. De buen humor, con ganas de hacer cosas, te miras al espejo y crees que no estás nada mal, te ríes por cualquier cosa y hasta tus hermanos te parecen simpáticos y ocurrentes...

—¡Es cierto! Y otros días estás en un pozo sin fondo, la vida es una birria, el espejo te dice que eres la más fea del mundo, te echarías en la cama y no harías más que escuchar música y, como mucho, te levantarías solamente para estrangular al imbécil de tu hermano pequeño... con el mayor no te atreves —añade Berta.

—Sin contar que hace tiempo que tus padres han caído del pedestal donde los tenías. Ahora les ves todos los defectos... y ninguna virtud.

¿Y todo eso es culpa de la pubertad?, nos preguntamos, boquiabiertas.

—Se lo preguntaremos a Badia. Él, como profe de ciencias, seguro que nos lo sabe explicar.

Badia está dispuesto a responder a nuestras preguntas.

—Todo eso se debe a la pubertad, es decir, a la maduración de vuestros cuerpos. Estáis pasando de ser niñas a convertirnos en adultas.

—Algunas... —interrumpe Elisenda, de mal humor.

—Ya te llegará el momento, Elisenda, ya te llegará. Pues sí, todo, desde los bajones que os hacen llorar durante horas hasta los granos, pasando por todo lo demás, es consecuencia de los cambios hormonales de vuestro cuerpo. Vuestros ovarios han empezado a producir estrógenos, que son las hormonas femeninas...

—¿Hay hormonas masculinas?

—Sí, la testosterona. Y las chicas también tenéis un

poco de testosterona. Esa hormona es la responsable del vello en las piernas, en los brazos...

Ajá, me digo; ésa es la que Flanagan tendrá en cantidades industriales.

—¡Jo! Se la podrían quedar solamente los chicos y ahorraránla nosotras, ¿no?

—Mujer... No creas, cada hormona tiene su función y, por lo tanto, su importancia. No os conviene renunciar a la pequeña dosis de hormonas masculinas que os corresponden. Además, es la precursora de los estrógenos...

—¿Qué significa «precursora»?

—Significa que prepara la llegada de los estrógenos y por ello también es necesaria en el cuerpo femenino.

—¡Háblanos de las hormonas femeninas, venga, Badia!

—¡Venga! Los estrógenos viajan por la sangre y son responsables de los cambios que experimentáis, incluso de los que tienen lugar en el interior de vuestro cuerpo y que, por lo tanto, no veis.

—¿Por ejemplo?

—El crecimiento mamario, el desarrollo de los genitales externos e internos, el crecimiento de los huesos largos, la maduración de las células que hay en los ovarios desde el nacimiento, es decir, los folículos...

—¿Los tenemos en los ovarios desde que nacemos? ¿O sea que yo también los tengo? —pregunta Elisenda.

—Claro, como todas las niñas. Bueno, pues desde que la pubertad está avanzada, cada veintiocho días más o menos, uno de los ovarios libera un óvulo que va a parar al útero.

—¿Y así toda la vida?

—No, toda la vida no. Más o menos hacia los cincuenta años, los ovarios dejan de producir estrógenos y de liberar

óvulos. Si el momento en que empieza el proceso de liberar óvulos se llama pubertad, el momento en que se detiene su producción se llama...

—... menopausia.

—Mi madre dice que ya la tiene —explica Berta.

—¿Hay más cambios producidos por los estrógenos? —pregunto. Me interesa cambiar de tema; no quiero que nos pongamos a hablar de la menopausia. Ahora mismo no tengo mucho interés por algo que pasará dentro de un montón de años.

—Sí. Los estrógenos son los responsables de que las glándulas de la vagina segreguen una sustancia blanca y gelatinosa que sirve como protección y lubricación.

—¿Algo más?

—Hummm... Sí. La piel expele una grasa producida por las glándulas sebáceas. Por eso durante la pubertad notáis el pelo más graso y os salen más granos.

—¡Qué asco! —dice Mireya, examinándose una mecha de pelo que tiende a pegajoso, hay que reconocerlo.

Luci, nuestra tutora, que pasa por nuestro lado y nos ha oído, mete baza.

—Eso tiene solución: lavarse el pelo más a menudo y con un champú especial.

—¿Y los granos, qué? ¿Tú crees que tienen solución?

—No tocarlos con las manos sucias. O, mejor aún, tocarlos más bien poco y lavarse la cara con agua y un jabón poco alcalino o algún producto de farmacia especial para los granos.

La miramos con un punto de escepticismo.

Ella pasa un kilo de la poca confianza que demostramos y sigue:

—También es importante intentar comer equilibradamente, evitando los alimentos muy grasos y consumiendo más fruta y verdura.

—¡Jo, qué aburrimiento!

—De todos modos, tampoco hace falta que os obsesionéis demasiado: cuando hayáis llegado al final de la pubertad, todas esas preocupaciones desaparecerán.

—¡Vaya! ¡Qué peso me quitas de encima! —dice Berta, que está bastante orgullosa de su pelo.

—Lo que nunca podrás dejar de lado es la higiene, ya sea del pelo o del cuerpo, especialmente del sexo —dice Luci.

—Y todavía con más motivo si tienes la regla —añado.

—Lo que no entiendo es cómo sabe nuestro cuerpo que tiene que empezar la pubertad.

—Le avisa el hipotálamo, una especie de reloj situado en el cerebro, encargado de poner en marcha la producción de hormonas.

—¡Qué listo!

—Efectivamente.

Más tarde volvemos a sacar el tema a solas.

—¿Habéis entendido todo lo que nos ha explicado Bada?

—Yo no he entendido lo de la gelatina blanca que segrega la vagina —dice Elisenda.

Las demás nos reímos.

—Se llama flujo —explico.

—La primera vez que te lo encuentres en las bragas, no te asustes; significa que pronto te vendrá la regla.

—Yo no he entendido qué significa que sirva de lubricación.

—Ni yo.

—Mi hermano lubrica el motor de su moto.

—¿Y para qué lo hace?

—Le pone grasa para que ruede suavemente y las piezas no se estropeen.

—Caramba, pues no entiendo qué tiene que ver todo eso con nuestra vagina.

—Como si fuera un motor. ¡Ja, ja!

—Yo me encargaré de descubrirlo —digo.

INFORME 1

Efectivamente, hablar de sexo no resulta fácil. Todas hemos podido hablar sin tapujos de los cambios físicos de nuestro cuerpo e incluso hemos podido confesar los cambios bruscos de humor que desesperan a amigos y desconocidos, pero ninguna de nosotras ha mencionado las sensaciones que experimenta el cuerpo. Yo, por lo menos, las tengo —no puedo negarlo— y creo que todo esto está relacionado con la pubertad.

Algunas de las sensaciones que tengo:

A. Me interesan los chicos muchísimo más que cuando tenía diez años, por decir algo.

B. Cuando un chico me gusta mucho, el corazón me late más de prisa, me lío un poco cuando le hablo, a veces me pongo colorada y me parece que me tiemblan las piernas.

C. Cuando un chico me gusta un montón, tengo ganas de tocarlo, de que me toque, de darnos un beso... de los que te lo pegan todo, como dice Marcos, o sea, un beso con lengua.

D. Si finalmente pasa y el chico y yo nos abrazamos o, aunque no pase, sólo con que esté viendo una película en la que los protagonistas se dan un beso de tornillo o, todavía más bestia, sin que pase nada, sin ver nada,

solamente con que me imagine una caricia o un beso de un chico que me gusta, noto que se me endurecen los pezones, siento unas cosquillas agradables en el sexo y noto que las bragas se me humedecen. O sea que esto del sexo es la hostia, porque te puedes excitar si te tocan, si ves a alguien que se toca —y esto ya es lo más— o si te lo imaginas. Así que el sexo no sólo está entre las piernas, sino también en el cerebro.

E. ¿Es posible que la humedad de las bragas tenga algo que ver con la lubricación?